

LA NOVELA FILM

N.º 140

30 cts.



¡NAUFRAGIO!

POR

SEENE OWEN y JOSEPH SCHILDKRAUT, etc.



HENABERY, Joseph

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651
Administración } BARCELONA

Año IV

N.º 140

¡NAUFRAGIO!

(SHIPWRECKED, 1926)

Emocionante cinedrama interpretado por

Seena Owen y Joseph Schildkraut

SELECCIONES PRODISCO

EXCLUSIVA DE

JULIO-CÉSAR, S. A.

Aragón, 316

BARCELONA



¡Naufragio!

Argumento de la película

Noche sombría.

En el puerto, los grandes buques en él anclados estaban envueltos en la niebla espesa y fría que surgía del mar, inquieto y traidor...

En las tabernuchas de las cercanías, concurridas por gentes heterogéneas y bastas, buenas y malas, perversas y desdichadas, las luces, débiles de ordinario, parecían morirse lentamente, como contagiadas de la tristeza que se respiraba en el exterior.

De pronto, en el marco de una ventana de una humilde casa de aquellos poblados barrios que olían a alquitrán y a agua salada, proyectóse la silueta de un hombre cuyas miradas eran presagio de tormenta.

Una desenfrenada pasión senil hacía olvi-

dar al hombre aquel todo principio de hidalguía con una joven obrera que tenía realquilada en su vivienda por unas miserables monedas.

Aquella noche, el inquilino, obcecado, pretendía saciar sus apetitos infames en la belleza de Marta Deebs, la infeliz joven que, como náufrago del destino, se veía sola y sin más amparo que sus brazos para trabajar, en el mundo impío.

Marta, al adivinar los villanos propósitos del miserable, defendióse con denuedo, para conservar su virginal pureza...

Y como el enloquecido hombre no cejaba en su afán de alcanzarla e imponer su superioridad física, la desventurada armóse de un arma e hirió al villano.

Consumado el hecho en legítima defensa de su honor, Marta, que no ignoraba cuán difícil le resultaría justificar su desesperada actitud si la detenían, huyó en la noche, no encontrando mejor camino para la salvación y la liberación del yugo de fatalidad que la ligaba a la tierra, que el mar, en cuyo seno podría encontrar el sueño eterno que su desenfrenada mente necesitaba.

Al llegar a la orilla del abismo líquido, irizado por los reflejos de las luces marítimas y celestes, que horadaban el velo vaporoso que

las atenuaba, arrojó el arma con la que hirió, y luego, venciendo sus últimas vacilaciones, abrió los brazos como Cristo en la cruz y arrojóse a su vez al agua.

El lecho agitado por interna corriente y en cuya superficie jugueteaban infinidad de colores como gigantesco camaleón, abrióse y acogió sin protesta, con rumor de triunfo, el cuerpo de la infeliz.

La muerte segaba una nueva vida, que muerta podía considerarse ya Marta...

Pero...

Víctor, un marinero errante, sin empleo fijo, que lo mismo navegaba en una goleta o en el mejor buque mercante, de lo que fuera, había sorprendido la escena, y sin perder momento precipitóse a salvar a la suicida.

Para un marinero de su temple, la salvación de Marta fué cosa fácil; y al poco depositaba su cuerpo en la trastienda de la taberna más cercana y que él solía frecuentar.

En el bodegón hallábanse algunos compañeros de Víctor, los cuales acudieron a enterarse de lo que había sucedido a Marta.

La víctima del "estaba escrito", al recobrarse, miró fijamente a su salvador, que estaba a su lado sosteniéndole en sus brazos la

cabeza para darle a beber un estimulante, y le dijo con dureza:

—No le agradezco su solicitud en devolverme a la vida, porque mi intención, clara y definida, era morir.

—¡Bah! No sea usted tan trágica, amiguita. Serénese y hablemos.

—Déjeme... No quiero nada.

—Beba esto y no me haga hablar.

Marta bebió y animóse un poco.

—Así, mujer. ¿Ve usted? Ya vuelven a su color normal esas mejillas. ¿Quiere más?

—No... Déjeme...

—¿Dejarla? ¿Por qué? Usted debe necesitarme.

—No.

—Ya está usted bien, es verdad; pero cuidado con repetir la suerte... que el agua está muy fría y hay pocos marineros que quieran bañarse a esta hora.

—Yo hubiera querido que no hubiese habido ninguno.

—¡Jesús! ¡Qué desagradecida es usted! Vamos, comprendo que algo malo le sucede, y quiero ayudarla a reaccionar. Una taza de café le sentará a maravilla. ¿Acepta usted el tomarla conmigo?

—Gracias. Todos empiezan convidando a café.

—¡Caramba! Veo que usted está desengañada de los hombres.



—Beba esto y no me haga hablar.

—Sí. No quiero odiar a otro. ¡Todos son iguales!

—Venga usted aquí, mujer. Yo le voy a demostrar que...

No pudo Víctor continuar la frase. Sonó una bofetada, cayó el humanitario joven al suelo, y huyó Marta.

Víctor no pudo darle alcance. ¡Qué extraña era aquella mujer!

Temiendo que la persiguieran por el puerto, Marta logró esconderse en un barco, el primero que se ofreció a su vista, confiando desembarcar en lejano puerto, para huir de la justicia, que debía de andar buscándola por su crimen.

Víctor, al salir de la taberna, dirigióse al barco en el que debía embarcar.

El segundo de abordó le reprochó su tardanza.

—Has llegado fuera de tiempo para que contase contigo. Ya te dije esta mañana que salíamos esta noche. De modo que ya tengo toda la gente enrolada.

—¿De veras me dejas en tierra? — dijo Víctor.

—Tanto como eso, no; pero no puedo aceptarte más que como camarero, es decir, ayudante del cocinero.

—¡Alabado sea Dios, hombre! Asegurarse el sustento no es cosa despreciable.

—Pues ¡arriba!

El cocinero era un buen hombre, sin más defecto que el de creerse un dios en su cocina.

Pero a buen seguro que Víctor, cuyo ca-

rácter era tranquilo, sabría captarse su simpatía para comerse los mejores guisos.

*
**

Al día siguiente, la fragata "Estrella Polar", en la que se había embarcado Víctor, navegaba hacia el Sur a toda vela y con buen viento.

En la cocina, Víctor y algunos compañeros se divertían a costa del cocinero, que hubo de formalizarse para que no le tomasen el pelo.

Víctor fué a la bodega, y ¿cuál no sería su asombro al descubrir, buscando una caja de pastas alimenticias Garriga, unos pies emergiendo de unos fardos?

Tomando sus precauciones, el joven acercóse a los citados pies y descubrió a su dueño, que resultó ser dueña, pues quien se ocultaba allí era Marta.

Marta le suplicó piedad con expresivo gesto, y lejos estaba Víctor de sentir otra cosa que compasión hacia ella.

Asombrado, nuestro héroe le dijo:

—No sé qué es peor, suicidarse o correr un mal tiempo en la "Estrella Polar". ¿Cómo diablos se le ha ocurrido a usted esconderse aquí?

Marta, confiando en Víctor, contestóle:

—Me perseguían después que usted me salvó, y me metí aquí. El barco se hizo a la mar... y aquí sigo... Encontré estas ropas de hombre, y me las puse, para ocultar mi personalidad.

—No está usted mal con ese disfraz. Si no fuera por la cara... que es excesivamente femenina... En fin, no tema. Yo procuraré que nadie la descubra.

—Gracias.

—Tiene usted hambre, ¿verdad?

—No, no...

—Sí; no lo niegue, y yo voy a traerle algo de comer.

—No merezco que sea usted tan bueno conmigo.

—Permítame que me imagine que soy tan caballero como el primero.

—Indudablemente.

—Pues espere un momento.

La intención de Víctor era noble, como su alma; pero el cocinero, que, furioso por su tardanza fué a su encuentro, descubrió también a Marta, y la cosa se complicaba.

—¿Qué es eso? ¿Ocultabas a ese mocito aquí? —dijo a Víctor.

—Por favor, no grite usted, amigo Blum

— repuso Víctor—. Este mocito es un desgraciado. No es mozo... sino moza... y hemos de ayudarle.

—¿Eh?

—Sí... Necesita reunirse con su familia, que vive en el Brasil, y no tiene dinero.

—Pero... pero...

—Vamos... No me haga creer que es usted malo... ¿No tiene usted ninguna hija?

El cocinero miró con ternura a Marta y accedió a ayudarla.

Víctor sonreía, y Marta creíase salva-da. Sin embargo, persiguiéndola constantemente la fatalidad, la infeliz vió derrumbarse el castillo de sus esperanzas.

¿Por qué?

No podía ocurrir nada peor: el segundo de abordó, presentándose inopinadamente en la bodega, vió a Marta y no titubeó en denunciarla al capitán, para hacer méritos.

—Habéis escondido ahí a un "capitalista", ¿eh? — dijo al cocinero y a Víctor.

Víctor, viendo que el segundo de abordó no había descubierto la personalidad de Marta, le dijo:

—Blum dice que este muchacho podría ayudarnos en la cocina. ¿Aceptas?

—Blum no necesita a nadie más en la coci-

na. Esto no es ninguna casa de huéspedes ni ningún asilo. Conque, muchacho, sígueme, y a ver qué dice el capitán.

Marta hubo de seguir al segundo, y al poco hallábase en el camarote-despacho del capitán, un bruto vestido de señor, un salvaje con dinero.

—Un "frescales", señor — dijo el segundo al capitán.

Klodel, que éste era el nombre del amo de la fragata, contestó secamente:

—Que elija entre un castigo ejemplar y servirme a mí.

Marta no dijo nada, con lo cual comprendió el capitán que accedía a servirle de buen grado.

Marchóse el segundo, y al ir a dirigir algunas preguntas a Marta, el capitán vió que su rostro y su turbación no eran propios de un hombre.

—¿Qué es esto? ¿Qué sorpresa! — exclamó al verle el pelo al arrancarle la gorra que se lo ocultaba.

Marta retrocedió asustada.

—¿Por qué te apartas? No temas. Para un camarero tan guapo yo tengo ropas mejores — le dijo amablemente.

Marta, trocando bruscamente sus recelos

por una sonrisa, aceptó la protección que le brindaba Klodel.

—¡Oh, señor, si usted supiera...!

—No tiene usted que explicarme nada... ¡No faltaba más! Comprendo que no se escondió usted por gusto en la bodega. Vaya, tranquilícese del todo... Ha hecho usted bien en elegir mi barco.

El segundo de abordó, así que vió que el "capitalista" era una mujer, fué a decirle al capitán, antes que éste se lo dijera, siempre dispuesto a hacer méritos, a "cepillarlo":

—Nostramo, en este viaje yo comeré en mi camarote.

Klodel asintió, y cuando el segundo hubo desaparecido, dijo a Marta, a quien había proporcionado un kimono que le caía como confectionado para ella:

—En mi camarote-despacho no nos molestará esa gentuza de arriba. Usted aceptará comer conmigo, ¿verdad?

Marta, muy tranquila, al parecer, replicó:

—Capitán, yo estoy a merced de usted y supongo que se me respetará como protegida suya.

—¡Quién lo duda! Usted ocupará el camarote de respeto, al lado del mío.

—Es usted muy considerado con los que se

embarcan de matute. Pero yo quisiera ganarme mi pasaje trabajando.

—¿Usted trabajar? No lo consentiré yo. Hágase usted el cargo que está en su propia casa.

—Muchas gracias.

—Vamos a comer. Siéntese usted.

Víctor, como camarero, sirvió la comida al capitán y a Marta. Al ver a ésta transformada y con el patrón, sintió sublevarse. ¿Qué clase de mujer era aquella joven? ¿Por qué había aceptado el vestido ofrecido por el capitán, y por qué se mostraba con él tan cariñosa? ¡Ah! ¿Sería una cualquiera?

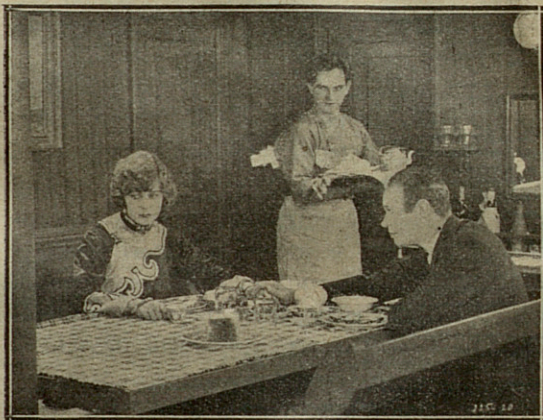
El noble muchacho se perdía en reflexiones. Nada bueno podía esperar Marta de Klodel, y parecía incomprensible que ella no hubiese adivinado que estaba bajo la protección de un hombre que no daba nada sino a cambio de recibir más de lo que daba...

Klodel no advirtió como Víctor miraba a Marta, reprochándole su extraña conducta, y le encargó que trajese el mejor postre que hubiese en la cocina.

Víctor volvió a los dominios de Blum, y cogiendo un bote de mermelada, dijo al cocinero:

—Es para el capitán... y la mocita.

Blum salió de la cocina tras de Víctor, para ver adónde iba a parar la mermelada, y en tanto, el capitán recibía el siguiente cablegrama:



El muchacho se perdía en reflexiones.

Se avisa a todos los capitanes que la joven Marta Deebs, acusada de tentativa de asesinato, se halla escondida a bordo de algún barco y debe ser conducida a San Francisco.

O'Brien — Comandante de Marina

Klodel sonrió. En verdad, no se había figurado que Marta huía de la justicia, y el co-

nocimiento de que ésta la reclamaba, le franqueó de excelente manera el camino que de otro modo le hubiese sido un poco más difícil recorrer...

Marta estaba en su poder. A cambio de su "protección", le exigiría buen pago. Nada de dinero, precisamente... Con que fuera cariñosa con él...

Víctor dejó encima de la mesa la mermelada.

Marta ignoraba el contenido del cable y no temía nada.

Aprovechando un momento que quedaron solos en el camarote del capitán, que salió fuera a apartar a patadas de la ventanilla del mismo al cocinero y otros marineros, que miraban por ella lo que él hacía con Marta, dijo ésta a Víctor:

—No me mire usted de ese modo, que no hago nada malo. Yo soy buena.

Víctor, malhumorado, repuso:

—Usted no tiene necesidad de darme explicaciones.

—Hágase usted cargo — continuó ella—. Estoy luchando con el amo y señor de este barco esgrimiendo la única arma que tengo: mi condición de mujer...

El capitán regresó en tal momento, y Víctor, muy a pesar suyo, regresó a la cocina.

Klodel, para asegurarse su presa, dijo a Marta:

—La Comandancia de Marina me avisa que debe usted ser conducida a San Francisco, pero yo no haré semejante cosa. Porque estoy seguro que usted es Marta Deebs, ¿no es cierto?

Marta no pudo negar.

—Sí, capitán...

—Ya... ya... Pero no tema.

—Gracias, capitán. Es usted muy bueno conmigo

—Tratándose de una mujer... sobre todo de una mujer como usted...

Marta sonrió, pero bajo su sonrisa había una mueca de dolor... ¿Sería capaz aquel hombre de abusar de su situación?

*
**

Llegó la noche. La luna plateaba el mar en calma bochornosa, presagio de tormentas y aventuras.

El segundo, viendo a Marta apoyada en la

borda, contemplando el infinito, le dijo, dominado por instintos de bruto:

—Señorita, el tiempo va a cambiar pronto. Usted estaría mejor en mi camarote.

Marta contestó a la insinuación con un desplante; y como el segundo atrevióse a tocarla, seducido por su carne palpitante, intervino Víctor.

—¿Qué quieres tú conmigo? — reprendióle el segundo.

—Que dejes en paz a esa mujer.

—Y a ti ¿qué te importa lo que yo haga?

Iban a pegarse, cuando Klodel, apareciendo, los separó, llamando al orden al segundo.

—Que nadie se ocupe de esa mujer, que está bajo mi protección. ¿Comprendido?

Marta temblaba. Estaba rodeada de peligros. Y siguió fingiendo amabilidad al capitán, pero no dejaba de vigilar.

Klodel condujo a Marta a su camarote, diciéndole pestes de la tripulación.

—No temas nada. Yo soy el único que manda aquí, y tú eres como... como mi mujer.

—No, capitán...

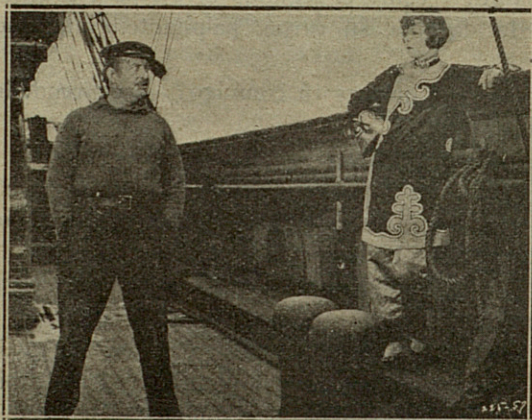
—No debes separarte de mi lado. Yo...

—Por favor...

—¿Por qué tienes miedo de mí? Tranquízate... No soy malo...

—Entonces tenga usted compasión de mí, capitán. Considere el desamparo en que me encuentro.

—Yo te ampararé, muchacha. Te aseguro que no tendrás queja de mí...



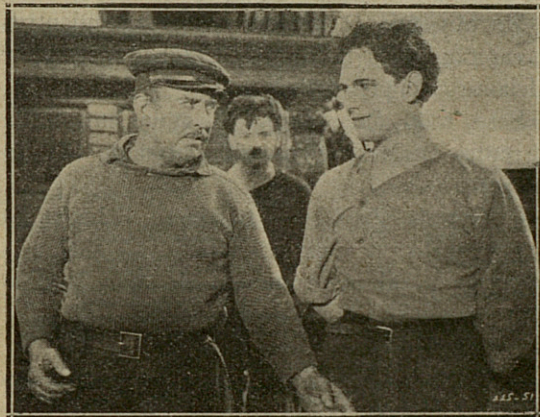
—Señorita, el tiempo va a cambiar pronto. Usted estaría mejor en mi camarote.

—¡Oh! ¡Déjeme! ¡Se lo suplico!

—¡Venga, mujer! Si me comprometo salvándote de la justicia, bien creo que...

—¡Nunca! El que pese sobre mí una acusación injusta no le da a usted derecho a abusar de esa manera.

Sobre cubierta, en tanto, el segundo, seriamente preocupado, daba órdenes a diestro y siniestro para hacer frente a la tempestad que se había bruscamente desencadenado con inusitada furia.



—¿Qué quieres tú conmigo?

Al fin dijo:

—¡Llamad al capitán! Esto se pone muy feo.

En efecto, la fragata era juguete de las olas y todo hacía prever una catástrofe.

Klodel seguía forcejeando con Marta, co-

dicioso de ella, y Víctor, que le sorprendió en su infame tentativa, arremetió contra él.

Es fatal que el más débil sea vencido por el más fuerte, y Víctor, por orden del capitán, fué detenido y puesto a la barra por insubordinación.

Marta quedó en angustiosa espera, mientras el capitán y los marineros trataban de seguir adelante en aquel peligro.

Pero todo fué inútil. El agua entraba a torrentes en la fragata y el naufragio era inminente.

—¡Guarda abajo! ¡El trinquete se ha partido! — gritó una voz siniestra.

—¡Se ha abierto una vía de agua por la popa! — gritó otra voz desesperada.

Klodel dijo, a su vez:

—¡Preparad los botes por si hay que abandonar el barco!

Los marineros esforzaban por vencer a los elementos, pero fracasaron en su intento y fué preciso ponerse en salvo en la lancha de auxilio.

Klodel apoderóse de Marta, pero Víctor quedaba en el barco.

El cocinero dijo al capitán, recordando al joven:

—Capitán, Víctor está en la barra y debemos salvarle.

Klodel, apartando a Blum, repuso, saltando al bote:

—Dile que se ahogue con las ratas y quédate tú con él, si quieres hacerle compañía.

Marta, indignada, dijo a Klodel:

—No puede usted dejar morir a ese muchacho. Dele usted siguiera libertad.

Pero el capitán, atento sólo a salvar su vida, desoyó los ruegos de unos y otros, y Víctor iba a quedar en el barco, y el cocinero también, éste por su voluntad, para tratar de salvar al joven.

Marta, no dispuesta a tolerar que Víctor corriese el riesgo de perecer en la barra, aferróse a la cuerda que subía a bordo a medida que la lancha de salvamento descendía al mar, y corrió, al caer sobre cubierta y mientras el bote con el resto de la tripulación se alejaba del peligro, a arrancar de la muerte a su salvador.

La Providencia ayudó a Marta a encontrar a Víctor, y al hacerlo le abrazó temblorosa.

—¡Esos desalmados han abandonado el barco dejándonos aquí! — le dijo.

—Pero, usted, ¿por qué no se ha unido a ellos? — díjole Víctor temiendo por ella.

—Yo no podía dejar morir aquí, sólo, al hombre que me ha salvado...

—Nadie se ha preocupado nunca de que yo viva o muera... — murmuró Víctor.

Y miráronse intensamente los dos jóvenes, y Víctor vió que los ojos de Marta lloraban...

**

Después de ser arrastrada durante muchas horas por el huracán, la fragata "Estrella Polar" quedó embarrancada con los infelices abandonados.

Estos eran tres... y algunos más; a saber: Marta, Víctor, Blum, el bueno de Blum... un gato y su numerosa prole.

Cuando amainó, la esperanza alivió los oprimidos corazones, y dijo Blum a Víctor:

—Marta se ha portado como una heroína. Debes amarla...

No necesitaba Víctor el consejo de su buen amigo para adorar a Marta, que ya la amaba con toda su alma desde que se arriesgó por su vida.

Los ojos de los náufragos divisaron tierra, y rodeándole el talle amorosamente dijo Víctor a su amada:

—Marta, aun podríamos ser felices... Qui-

zá en esta tierra desconocida esté nuestro porvenir.

Ella entristeció a pesar suyo, y rumoreó:

—Para usted, quizá sí. Para mí, no. Los hombres perversos siempre se han interpuesto en mi camino.

—Deseche usted sus ideas sobre los hombres. No todos son perversos. ¿Querría usted unir su suerte a la mía?

—¡Oh, Víctor! Pero, ¿no le traeré a usted la desgracia? ¿Es tan triste mi sino!

—El porvenir es nuestro en esta tierra tropical donde debe ser fácil ganarse la vida. Borra de tu mente el pasado, que quiero ignorar, y amémonos.

—¡Víctor! ¿Qué feliz soy oyéndote hablar! — exclamó Marta, renaciendo a la vida.

Y unas horas después, los tres náufragos, unidos por su desgracia, llegaban como Robinsones a la islita de Puerto Diablo, en las costas del Brasil.

Almela, amo y colonizador de aquel somnoliento paraje, se disponía a almorzar cuando llegaron los náufragos.

Sus labios dibujaron una mueca de disgusto. ¿Con el apetito que tenía el buen hombre!

Su criada disgustóse también, pero recobró

la alegría al ver a Blum, que pesaba buenas libras, por lo que era su tipo ideal.

Víctor presentóse con Marta y Blum a Almela y le contó, rodeado de curiosos, su odisea.

Almela, que, a pesar de su molicie, era un buen hombre, no negó protección a los náufagos.

—Bien. Pasen a mi cantina. Pero tendrán ustedes que trabajar hasta que puedan marcharse.

—Estamos dispuestos a ello, señor — dijo Víctor.

Y entraron en la cantina.

Almela dijo a Marta:

—Si usted quiere llevar el escritorio, señora, no le faltará aquí trabajo.

—Haré lo que sea preciso hacer para ganarme el sustento, señor.

La criada del colonizador tomaba por su cuenta a Blum... pero Blum sabría precaverse.

Almela dijo, luego, a Víctor:

—¿Tiene usted verdaderos deseos de trabajar, joven?

—Sí, señor.

—Aquí hay porvenir para todo hombre fuerte y laborioso... y si usted quiere le emplearé en mi hacienda.

—Encantado, señor.

—Pues, convenido. No tendrá usted queja de mí, si cumple su obligación como yo deseo.

—Me portaré lo mejor posible.

Marta y Víctor serían, sin duda, muy felices en aquel rincón apacible.

Pero...

Los celos nacieron pronto en el corazón de Marta. ¿Estaba, la joven, destinada a sufrir toda la vida?

Ocurrió que Zanda, una mestiza del país, enamoróse, apenas le vió, de Víctor, y se lo demostró delante de Almela y de Marta.

—¿Es su esposa esa señora? — preguntó Zanda, que era hermosísima y de cuerpo tentador, a Víctor, señalando a Marta.

—No — respondió Víctor—. ¿Por qué?

La mestiza intentó acariciarle y dijo, sin palabras, que ya que Marta no era su esposa, ella tenía derecho a conquistarle, pues le gustaba.

Víctor rióse y rechazó a la peligrosa muchacha, lamentándose de la tristeza de Marta.

Pasaron los días.

Zanda, uno de ellos, detuvo a Víctor cuando éste se dirigía a su trabajo:

—No vaya usted tan de prisa. ¿Se aburre usted con su mujer blanca que nunca sonríe?

—No.

—No lo niegue... En cambio, yo...

—¡Qué malita eres, picaruela!

—Si tú quisieras...

Víctor encogióse de hombros y siguió ade-



—¿Se aburre usted con su mujer blanca que nunca sonríe?

lante. El amaba a Marta y el amor fácil de Zanda no hacía mella en él...

Almela advirtió día tras día la tristeza de Marta, y no pudo, aquella mañana, acallar su curiosidad.

—¿Por qué está usted tan preocupada, Marta? — le dijo.

Y Marta, que necesitaba abrir su corazón a alguien, lo hizo con Almela, convencida de que era un buen hombre.

No le ocultó nada, excepto que estaba muriéndose de amor y celos por Víctor.

Pero Almela sabía ya esto y le aconsejó que no perdiese la fe en su felicidad al lado del hombre que ella amaba.

Marta tranquilizóse, pero el pasado volvió bruscamente a atormentarla: el capitán Klodel, después de capear el temporal en la lancha salvavidas, viendo la fragata embarrancada se dirigió a tierra para legalizar el naufragio.

Marta le vió desde lejos y renacieron sus temores.

Víctor regresaba en aquel momento de su labor y, reuniéndose con Marta, le dijo:

—Mira, nuestra primera ganancia: una hermosa perla en bruto. El colono me ha dicho que me la guarde.

Ella no contestó.

—¿No te alegras de nuestra buena suerte? — preguntóle Víctor, extrañado.

—Déjame; tengo malos presentimientos.

Víctor separóse de Marta, no explicándose su continua tristeza, y poco después, Klodel,

enterado de todo, llegaba a presencia de ella.

Marta preparóse a hacerle frente.

—¿Qué tal, encantadora Marta? — saludó el villano—. Ya veo que usted y su amiguito



—¿No te alegras de nuestra buena suerte?

han encontrado aquí un cómodo refugio. Pero veo que se ha olvidado usted de que tiene una cuenta pendiente en San Francisco.

¿Cuándo quiere usted que tratemos de este asunto?

Marta rogó piedad al miserable, y apartóse con él, hacia el bosque, para convencerle de que la dejase en paz con Víctor, a quien amaba.

Klodel, enemigo a muerte de Víctor, no estaba dispuesto a dejar a Marta en sus brazos, y persistió en que ella le siguiera.

Víctor, desdefiando una vez más a Zanda, salió de la cantina y encontró en el bosque a Marta platicando con Klodel.

La sorpresa de los dos hombres, al volverse a ver, fué enorme. En sus ojos brilló el deseo de acometerse.

Marta, aterrada, impetraba la clemencia divina.

La turbación de Marta y la ironía con que le miraba el cínico, levantaron dudas en la mente de Víctor. ¿Por qué hablaba Marta a solas con aquel hombre? ¿Por qué había llamado al llegar él?

Marta, leyendo la desconfianza que dominaba inconscientemente a Víctor, le dijo temblando:

—Víctor, hay algo que pesa sobre mí y que ignoras, y quiero decírtelo ahora.

Dejándose llevar de las apariencias, Víctor

rechazó a Marta y le contestó con desprecio:

—No quiero saber nada. Quédate con tu capitán. Yo debí haber conocido lo que eres.

—¡Oh, Víctor!

—¡Déjame ya! ¡Para siempre!

Desesperado, Víctor volvió a la cantina y corrió el vino en abundancia.

Zanda vió al fin lograda la conquista del hombre blanco, y las caricias tenían fuego de pecado...

Blum llamó al orden al obcecado muchacho, pero fué inútil.

Marta llegó en tan doloroso momento, y al verla, Víctor, fuera de sí, creyéndose burlado por ella, la abofeteó.

Luego dijo a Klodel, que entró tras de Marta:

—Marta es suya. Llévase la, si la quiere.

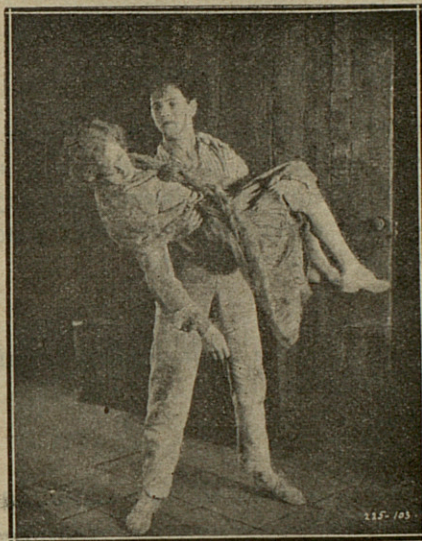
—¡Ya lo creo que me la llevaré! — rugió Klodel. Y apoderándose de Marta, desmayada, se la llevó a una habitación reservada.

—¿Qué has hecho? — reprochó Blum a Víctor.

La luz se hizo de pronto en el cerebro de Víctor. El amaba a Marta y no podía dudar de ella. Klodel era un miserable, y ella, una infeliz a merced suya. ¿Cómo llegó a dudar de su pureza?

Como un león entró en el aposento donde Klodel quería besar a Marta, y abalanzóse sobre él, luchando a muerte.

Al fin Víctor pudo apoderarse de Marta,



...y llevándola en brazos reapareció en la dependencia popular de la cantina...

vencedor de la lucha, y llevándola en brazos reapareció en la dependencia popular de la cantina, depositóla en tierra, sosteniendo su cabe-

za con sus manos, y murmuró, retornándola:
—Te amo, Marta, y nadie te arrancará nunca más de mis brazos.

Simultáneamente, Almela, el colono, sonreía leyendo la siguiente nota de un diario recién llegado en el vapor correo:

ACUSACION RETIRADA

La rápida curación de Peter Dike, de San Francisco, herido por un disparo de arma de fuego por Marta Deebis durante una reyerta y en defensa propia, ha determinado el sobreseimiento de la causa, retirando el Juez la acusación.

Había triunfado el amor, y había triunfado, con él, la justicia.

FIN

Próximo número: EL MAL DE LAS ESPOSAS.

La Dirección de LA NOVELA FILM

tiene el gusto de desear a sus
amables lectores un feliz y
próspero año 1927.

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor - Barcelona